

## CRISIS E IMPLICANCIAS SOCIOPOLITICAS DE LA HISTORIOGRAFÍA EN LAS DERIVAS DEL TIEMPO PRESENTE

### CRISES E IMPLICAÇÕES SOCIOPOLÍTICAS DA HISTORIOGRAFIA NAS DERIVAS DO TEMPO PRESENTE

Eduardo A. ESCUDERO\*

**Resumen:** Este artículo ofrece conceptualizaciones acerca de las relaciones entre crisis de la historia, presentismo y aceleración neoliberal. Así, procura articular diferentes intuiciones expresivas capaces de dar cuenta de los vínculos entre la escritura de la historia, el supuesto presentismo que habita la experiencia política de la temporalidad contemporánea, y algunos cuestionamientos hacia la historiografía. A tales efectos, en primera instancia se da cuenta de la llamada “crisis de la Historia” para, posteriormente, indagar sobre algunas de sus implicancias sociopolíticas frente a los connotantes de un nuevo orden de tiempo, que puede llamarse, no sin críticas, presentista, y que pone en cuestión ciertas certezas heredadas. Para ello, se recapitulan aportes bibliográficos actuales y, sin desconocer la existencia de la crítica decolonial sobre la que no se efectúan mayores referencias, se rescatan ideas derivadas de lecturas críticas de indudable valía y vigencia en el panorama crítico de la historiografía europeo céntrica, como lo son la *II consideración intempestiva* de Friedrich Nietzsche (1874) y la intervención de Eric Hobsbawm “The challenge of reason. Manifesto for the renewal of history” (2004).

**Palabras clave:** Crisis de la Historia, orden de tiempo, historiografía.

**Resumo:** Esse artigo oferece conceitualizações sobre as relações entre crises da história, presentismo e aceleração neoliberal. Assim, procura articular diferentes intuições expressivas capazes de dar conta dos vínculos entre a escritura da história, o suposto presentismo que habita na experiência política da temporalidade contemporânea, e alguns questionamentos à historiografia. Num primeiro momento apresenta-se a denominada “crise da História” para, em seguida, indagar sobre algumas de suas implicações sociopolíticas perante às conotações de uma nova ordem do tempo que poderia se chamar, com certa crítica, presentista, e que põe em discussão algumas certezas herdadas. Para isso, recapitulam-se contribuições bibliográficos atuais e, sem desconhecer a existência da crítica da indiscutida valia e vigência no panorama crítico da historiografia Centro-europeia, como são a *II consideração intempestiva* de Friedrich Nietzsche (1874) e a intervenção de Eric Hobsbawm “The challenge of reason. Manifesto for the renewal of history” (2004).

**Palavras-chave:** Crises da História, ordem do tempo, historiografia.

#### *Introducción*<sup>1</sup>

Resulta evidente que la Historia, como una de las clásicas Humanidades y, posteriormente, como una de las ciencias sociales contemporáneas más relevantes, ha estado permanentemente atravesada por diferentes *crisis* que se corresponden tanto a

---

\* Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Se desempeña como docente e investigador en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto y en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. E-mail: [escuderoea@yahoo.com.ar](mailto:escuderoea@yahoo.com.ar)

cuestionamientos y delimitaciones propias del saber en su definición epistemológica, como a sus vinculaciones con lo societal y lo político. Sobre esto se han ocupado distintos especialistas (NOIRIEL, 1997; VALDERRAMA, 2005; IGGERS, 2012 y JABLONKA, 2016), que bien han dado cuenta de las derivas entre distintas formas que los filósofos de la Historia y los historiadores han ido conceptualizando y modificando los supuestos del conocimiento histórico (ROLDÁN, 1997; BRAUER, 2009; ROHBECK, 2015). Se trata de un recorrido que, fundamentalmente desde finales del siglo XIX y principios del XX, demuestra que los tópicos se tornaron más visiblemente interesados en responder a una exigencia sobre todo formalista, para una disciplina que debía darse para sí una demarcación y un lugar preciso en el contexto de emergencia de las ciencias sociales y de diferenciación respecto de las ciencias naturales.

Así, cuando con frecuencia se pregunta *por qué cambia la historiografía*, la respuesta no es unívoca y, en general, tampoco transparente. La escritura de la historia, como práctica social y política, si se quiere recientemente cristalizada en el marco de la moderna sociedad capitalista y que conlleva un conjunto de premisas filosóficas, teóricas, operativas y políticas no siempre explicitadas, se transforma invariablemente. En primer lugar, esa variabilidad se constata porque se halla a merced de la sinuosidad de los concretos materiales y simbólicos en los que se apoya y,<sup>2</sup> luego, porque corrientemente es requerida por las distintas sociedades, por las diferentes instituciones, por los disímiles grupos, para dar cuenta de un presente cada vez más complejo y, de esta manera, construir relatos históricos que puedan allanar la explicación o la interpretación de sus propios y emergentes dilemas en clave temporal. Como plantearía Michel de Certeau, el discurso científico e histórico no puede desolidarizarse de su producción ni de la praxis política, económica o religiosa que cambia las sociedades y que, en un momento dado, torna posible tal o cual tipo de comprensión científica (1999, p. 46).

En ese sentido, podría afirmarse que la historiografía transmuta porque lo hace la sociedad y, porque como ya lo han expresado otros referentes que serán citados más adelante, como fruto del complejo tiempo/política se va transformando la historicidad prevaleciente en la Modernidad. Así, el capitalismo va desarrollando aceleradamente diferentes estrategias, actualmente la neoliberal, para su adecuación pretendidamente global de una hegemónica manera de dirigir el decurso de la historia universal-“global”, para finalmente intentar velar las consecuencias más reprobables de la explotación y la destrucción socioambiental a gran escala con que se evidencia su presencia en el planeta. Es necesario explicitar aquí que la práctica de la historia científica en el marco

de la disciplina que llamamos con el mismo nombre, no remite, claramente, a un universal. Posición contraria dejaría sentado que la historiografía es un bloque homogéneo de matriz eurocéntrica incapaz de verse interpelado por posiciones ético-políticas y científicas que horadan su pretendida hegemonía. Si bien en este trabajo se citan referentes que corresponden a enunciaciones provenientes de comunidades académicas del canon occidental y europeo, no se desconocen los lenguajes que en otras situacionalidades y latitudes abren sendas divergentes hacia otra manera de formalizar las prácticas, incluyendo las concomitantes y emergentes y no poco conflictivas mediaciones políticas (DE SOUSA SANTOS, 2009; MIGNOLO, 2011; CHAVEZ, 2012 y JARAMILLO, 2014). De esta manera, se pretende distinguir entre la historiografía científica como institución para la producción de representaciones del pasado universalmente válidas, aunque puedan y deban, incluso, partir de anclajes de sentido contraculturales, y la historiografía europea que, críticas más o críticas menos, actualiza el mito de la Modernidad en y desde sus dispositivos epistémicos.

Avanzando en la argumentación, vale a su vez decir o recordar que el conjunto de factores de cambio que aceleradamente muestra la experiencia histórica “entre agentes históricos y el pasado” (BELVEDRESI, 2020, p. 168) y el tiempo contemporáneo hasta llegar al siglo XXI (HARTOG, 2007 y 2013; MUDROVICIC, 2013), también han condicionado la imagen metafísica y concreta de la Historia que subyace a las prácticas específicas de la disciplina institucionalizada en Occidente. Dicho de otra manera, ha sido la política seguida por los diferentes bloques de poder de la era actual, la que de manera dialéctica ha conjugado complejamente las matrices de la filosofía moderna de la historia, idealismo/materialismo-positivismo/hermenéutica, y, también, ha moldeado a punto de cuestionar, impugnar o sostener, los pilares de las maneras de producir Historia en tanto discurso de poder y de verdad (FOUCAULT, 1995). De Certeau implica, incluso, a los sistemas socioeconómicos conjuntamente con la sociedad y las ideas, en la distribución de lo que nombra “regímenes de manifestación” que constituirían entre sí “funciones imbricadas pero diferenciadas” en vistas al cambio y al orden social:

Un cambio social puede compararse, desde este punto de vista, con una modificación biológica del cuerpo humano: forma, como ella, un lenguaje, pero proporcionado a otros tipos de lenguaje (verbal, por ejemplo). El aislamiento "médico" del cuerpo resulta de una división interpretativa que no tiene en cuenta el paso de la somatización a la simbolización. Por el contrario, un discurso ideológico guarda siempre una proporción fija con un orden social determinado, así como cada enunciado individual se produce en función de organizaciones silenciosas del cuerpo (DE CERTEAU, 1999, p. 73)

Retornando a lo que se enunciaba más arriba, referido a vincular la idea de la crisis de la Historia con las transformaciones de la historiografía, se invita a concebir a los dominios en los que participan los historiadores, conjuntamente con otros distintos actores sociales también interesados por el saber científico acerca del pasado, como espacios fundamentalmente habitados por una clara complejidad, no sólo sobrepasando sino también discutiendo la imagen clásica que la sociología de Pierre Bourdieu (1995) propusiera mediante la idea de “campo”. En éstos y como ya se señaló, participan un sinnúmero de sujetos entre los que los académicos sólo representan una minoría, lo que conlleva a admitir que las preocupaciones por las manera en que se da cuenta del pasado humano y social forman parte de agendas variadas que remiten, tanto a objetivos vinculados a la vida práctica, como a la contemplativa; a los propios de la dinámica más explícita del debate cotidiano en los entornos actuales de la virtualidad, como a los de la política científica de la historiografía profesional, sea esta última o no más o menos crítica.

Conviene recordar con De Certeau la inconveniencia de concebir que la ciencia sea “autónoma” y no hacer espacio al análisis de determinaciones sociales (1999, p. 77). Al contrario, éstas:

no son accidentales, más bien forman parte de la investigación. Lejos de representar la inconfesable intromisión de un extraño en el Santo de los santos de la vida intelectual, más bien constituyen la trama de los procesos científicos. El trabajo se apoya cada vez más en equipos, en líderes, en medios financieros, y por lo tanto en los privilegios con que las relaciones sociales o políticas favorecen a uno u otro estudio para que pueda obtener créditos. También está organizado como una profesión con sus jerarquías propias, sus normas centralizadoras, su tipo de reclutamiento psicosocial. A pesar de las tentativas para romper las fronteras, se ha instalado en el círculo de la escritura: en la historia que se escribe se concede la preferencia a los que ya han escrito, de tal manera que la obra histórica refuerza una tautología sociocultural entre sus autores (letrados), sus objetivos (libros, manuscritos, etcétera) y su público (cultivado). Este trabajo está ligado a una enseñanza, por lo tanto a las fluctuaciones de una clientela; a las presiones que ésta ejerce al crecer; a los reflejos de defensa, de autoridad o de repliegue que la evolución de los movimientos estudiantiles provoca en los maestros; a la introducción de la cultura de masas en una universidad masiva que ha dejado de ser el lugar reducido de intercambios entre investigación y pedagogía. El profesor se ve empujado hacia la vulgarización destinada al "gran público" (estudiantil o no), mientras que el especialista se aleja de los circuitos de consumo. La producción histórica se encuentra dividida entre la obra literaria del que "tiene autoridad" y el esoterismo científico del que "hace investigaciones" (DE CERTEAU, 1999, p. 77)

Otra consideración se suma a la crisis y del conocimiento histórico, en contraste con resto de las ciencias sociales contemporáneas institucionalizadas como la Sociología, la Antropología, la Geografía o la Economía, entre otras. Es posible sostener que la Historia es la disciplina de un saber mucho más marcadamente signado por una politicidad que le es, de antemano, inherente. Esto es así, en tanto se sabe que desde los orígenes de su anticipación en la Antigüedad clásica, le cabe como cargo la adjudicación de componentes insustituibles en la configuración de identidades e identificaciones: las siempre problemáticas y contenciosas representaciones del pretérito, en vistas de la configuración tanto personal como colectiva de una visión de mundo, y de una explicación del devenir humano crítico, racional, humanista, secular e inmanentista (MORADIELLOS, 2009, p. 100); sin dejar de lado los procesos de legitimación o impugnación del poder (ZERMENO PADILLA, 2005, p. 56 y ss.). La historia se conmueve y existe independientemente de la Historia (la historiografía, a la que no se considera aquí un universal, como se verá más adelante) y los historiadores de profesión; y en tanto praxis social<sup>3</sup> es indócil y renuente a la razón y a los mecanismos de validación científica. De tal modo, es caja de resonancia de lo emergente en el litigio de poderes y contrapoderes, en la órbita de lo infranqueable del dominio.

Vale recordar, además, que lo mencionado se articula con las precisas coordenadas que urgen al capitalismo para condensar su imperio y la ineludible creación de la superestructura, de la ideología, de la conciencia (ZEITLIN, 2006, p. 113). Esa es, en cierta manera, una de las condiciones más distintivas de la Historia, la de encontrarse atravesada por la ya aludida politicidad que la insta a “elegir entre una ciudadela y una torre de marfil” (LORENZ, 2011), al movimiento pendular entre episteme y política, que le ofrece al mismo tiempo un cariz polémico y enriquecedor que, como se sabe, muchos historiadores de profesión bajo el signo liberal han pretendido o pretenden no distinguir. Esa es, claro está, una colocación política.

En vistas de comprender que se vive un tiempo que trastoca las certezas propias de las Modernidad occidental y las de las modernidades internalizadas en los procesos de poscolonialidad en el mundo entero, como lo expresan los fundamentos del presente *dossier*, desde larga data se vienen receptando propuestas filosóficas y teóricas ligadas a la necesidad de que la historiografía pueda pensar distintamente el tiempo, para así cumplir otra función significativa respecto del presente y del futuro, tal como enlazan, entre otros enunciados, el acto “a contrapelo” benjaminiano (1942); la lectura koselleckiana (1979) de la obtención de horizontes de expectativas posibles una vez que las sociedades vinculan presente y lecturas del pasado como experiencias no

esencialistas sino potencialmente habitadas de construcción; o la propuesta de François Hartog (2007) al conceptualizar a los regímenes de historicidad como formas en que las colectividades lidian o tratan con su propio pasado-tiempo: todas valiosas en cuanto a su potencialidad heurística.

Sobre la última, lo quizás más concretamente interpelante sea, desde los años ochenta del siglo XX, la noción de *presentismo*, como variante de la nueva crisis del orden de tiempo clásico de la Modernidad, con sus implicancias en la Historia y en la cultura. Acerca de este punto, cabe indicar que se han propuesto diversas críticas a la noción ya clásica de Hartog. En tal dirección y en esta oportunidad será considerado el trabajo de Lorenz, que si bien reconoce que es mérito de Hartog “haber señalado sistemáticamente que la concepción de la relación entre pasado, presente y futuro es variable y ha variado a lo largo del espacio y el tiempo, y en este sentido ha socavado la idea de que el tiempo histórico tiene un pasado lineal fijo”, “su análisis todavía presupone el pasado, el presente y el futuro como entidades ontológicas separadas por multicapas y heterogéneas” (2019, p. 34). En acto crítico esta referencia mantiene distancia ante el hecho de que el autor de *Regímenes de historicidad* llame “crisis de tiempo” a la redefinición o peculiar situación de los límites entre pasado, presente y futuro, “amenazados actualmente”. Asimismo, Lorenz hipotetiza que el presentismo de Hartog puede observarse más claramente “como una inversión de modernismo/futurismo”, lo que evidenciaría un desplazamiento desde lo que Chakranarty llamó “confusión de la modernidad” a la “confusión de la modernidad presentismo” (LORENZ, 2019, p. 33).

Tanto Lorenz como otros autores (ARAUJO y PEREYRA, 2018; SIMON, 2028 y RAUTER, 2020) han señalado que la noción de presentismo en los análisis de Hartog permanece atrapado en los presupuestos de la modernidad y del tiempo lineal, y que el autor no llega a ofrecer explicaciones de “cómo y por qué el tiempo modernista ha sido suplantado por el tiempo presentista, en algún lugar entre 1940 y 1990”, inclusive notando cómo la “casi ausencia de un relato histórico de la transformación del modernismo en presentismo durante el siglo XX sigue siendo desconcertante, por decir lo menos, debido a su importancia sistemática para el argumento central de los regímenes de la historicidad” (LORENZ, 2019, p. 33). En una palabra, para Lorenz el problema primordial del análisis de Hartog acerca de las experiencias del tiempo, “es que permanece estancado a mitad de camino en su cuestionamiento del tiempo progresivo” (LORENZ, 2019, p. 34).

Visiblemente, el presentismo en Hartog, por cuanto operatividad heurística posea y active, no se ocupa según Lorenz de la muy relevante conexión histórica existente con el futurismo. Lo mismo ocurre con la ubicación espacial del presente y del presentismo, aunque sea el objetivo explícito de sus regímenes de historicidad investigar comparativamente las experiencias del tiempo (LORENZ, 2019, p. 34). Si bien se hallan íntimamente vinculados, esta contribución procurará abordar dos ejes que acusan las marcas de la crisis de la historiografía que podría llamarse “clásica” y producida y legitimada desde Europa occidental, en el amplio y complejo de asir contexto como el que sucintamente se ha caracterizado: el del concepto y la práctica de la Historia y, luego, el de sus implicancias sociopolíticas frente a los connotantes de un nuevo orden de tiempo del capitalismo avanzado, que socaba o, al menos hace trastabillar, algunas de las certezas heredadas: fundamentalmente la del valor de la verdad histórica y del pasado histórico como referencias para el funcionamiento del mundo hacia horizontes esperanzadores y utópicos.<sup>4</sup> Para ello se plantearán ideas derivadas de la bibliografía citada y se tomarán como referencias críticas de indudable valía y vigencia como lo son la *II consideración intempestiva* de Friedrich Nietzsche (1874) y la intervención de Eric Hobsbawm “The challenge of reason. Manifesto for the renewal of history” (2004).

### *La Historia en curso de crisis*

El 13 de noviembre de 2004 Eric Hobsbawm brindó su discurso de cierre del coloquio de la Academia Británica sobre historiografía marxista y condensó un conjunto de proposiciones que permiten observar cómo, desde su prisma, durante el siglo XX el concepto de Historia devino en primer lugar en una crítica profunda al modelo hegemónico heredado del siglo XIX, pasando luego por lo que el historiador denomina “el vuelco social” y así, finalmente, recibir y sobrevivir a los cuestionamientos del posmodernismo. Con todo, resultó en buena medida fragmentado el objeto otrora monolítico de la historiografía occidental, sin dudas excesivamente sesgado por una matriz europeocentrista.

Así, el recorrido que reconoce Hobsbawm inicia con la “reacción anti-Ranke” y con el doble movimiento que “cuestionaba la idea positivista según la cual la estructura objetiva de la realidad era, por así decirlo, evidente” y el intento de acercamiento de las ciencias sociales con la Historia para “englobarla en una disciplina general, capaz de explicar las transformaciones de la sociedad humana” (2005, p. 2). A pesar de todo, el autor era categórico al afirmar que:

Para todos los historiadores, la historiografía se mantuvo y se mantiene enraizada en una realidad objetiva, es decir, la realidad de lo que ocurrió en el pasado; sin embargo, no parte de hechos sino de problemas, y exige que se investigue para comprender cómo y por qué esos problemas -paradigmas y conceptos- son formulados de la manera en que lo son en tradiciones históricas y en medios socio-culturales diferentes (HOBSBAWM, 2005, p. 2)

Durante la segunda posguerra mundial, tanto los referentes de la historia social británica como los de la francesa se “consideraban aliados contra el conservadurismo en historia, aun cuando sus posiciones políticas o ideológicas eran antagónicas” y, según Hobsbawm, constituyeron un “frente progresista que avanzó de manera espectacular entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la década de 1970”, a punto tal de constituirse, en palabras de Lawrence Stone, en un “amplio conjunto de transformaciones en la naturaleza del discurso histórico”. Este estructuralismo comenzó a ser cuestionado en el '68 y continuó siendo objeto de críticas teóricas y políticas, fundamentalmente en Francia, hasta llegar al tiempo de un declive en que:

se produjo la transición de los estudios cuantitativos a los estudios cualitativos, de la macro a la microhistoria, de los análisis estructurales a los relatos, de lo social a los temas culturales. Desde entonces, la coalición modernizadora está a la defensiva, al igual que sus componentes no marxistas, como la historia económica y social [y], fue necesario subrayar con mayor energía lo que el marxismo puede aportar a la historiografía. [...]. A la vez, porque es preciso defender a la historia contra quienes niegan su capacidad para ayudarnos a comprender el mundo, y porque nuevos desarrollos científicos transformaron completamente el calendario historiográfico (HOBSBAWM, 2005, pp. 3-4)

La crítica de Hobsbawm sostuvo también que el “fenómeno negativo más importante” de este horizonte historiográfico, que como sabemos es a la vez político, obedece “a la negativa a admitir que existe una realidad objetiva, y no construida por el observador con fines diversos y cambiantes, o al hecho de sostener que somos incapaces de superar los límites del lenguaje, es decir, de los conceptos, que son el único medio que tenemos para poder hablar del mundo, incluyendo el pasado” (2005, p. 4). El mal mayor se constataba, en consecuencia, ante argumentaciones que afirmaban o aun lo hacen, que el curso del pasado es demasiado contingente y que por lo tanto es preciso prescindir de las generalizaciones:

De manera implícita, esos argumentos apuntan a todas las ciencias. Pasemos por alto intentos más fútiles de volver a viejas concepciones: atribuir el curso de la historia a altos responsables políticos o militares, o a la omnipotencia de las ideas o de los "valores"; reducir la erudición histórica a la búsqueda -importante pero insuficiente en sí- de una empatía con el pasado (HOBSBAWM, p. 2005, p. 4)

La indudable matriz estructuralista y científicista de la historia crítica del historiador inglés no estaría dispuesta a admitir que lo real “debe ser ficcionado para ser pensado”, sin que ello suponga la disolución de la verdad, tal como asevera Jacques Rancière. Este último es claro al indicar que la noción de “relato” puede llevar a una consideración acotada y limitante si se lo funde en falsas oposiciones entre lo real y el artificio, “en que se pierden por igual positivistas y deconstructivistas”:

No se trata de decir que todo es ficción. Se trata de constatar que la ficción de la época estética ha definido modelos de conexión entre presentación de hechos y formas de inteligibilidad que confunden la frontera entre razón de hechos y razón de la ficción, y que estos modos de conexión han sido retomados por los historiadores y por los analistas de la realidad social (RANCIÈRE, 2009, p. 48)

Es posible coincidir con la noción propuesta, al pensar que escribir la Historia y escribir historias, en plural, tal como se desprende de la tendencia actual, dependen como afirma Rancière de “un mismo régimen de verdad”:

Esto no tiene nada que ver con tesis alguna sobre la realidad o la irrealidad de las cosas. En cambio, es claro que un modelo de fabricación de historias se encuentra ligado a una cierta idea de la historia como destino común, con una idea de aquellos que “hacen la historia”, y que esta interpenetración entre razón de los hechos y razón de las historias es propia de una época en la cual cualquiera es considerado cooperando en la tarea de “hacer” historia. No se trata, por consiguiente, de decir que la “Historia” no está hecha más que con las historias que nos contamos unos a otros, sino simplemente que la “razón de las historias” y las capacidades de actuar como agentes históricos van juntos. La política y el arte, como los saberes, construyen “ficciones”, es decir, reagenciamientos materiales de los signos y de las imágenes, de las relaciones entre lo que vemos y lo que decimos, entre lo que hacemos y lo que podemos hacer (RANCIÈRE, 2009, pp. 48-49)

Hoy, entonces, se escriben fundamentalmente “historias”, una pluralidad igualmente inscripta en un *régimen de verdad* al que el oficio de la historia no ha renunciado. Se trata de relatos que se jactan de ser o no científicos, vía hermenéutica, contruidos para dar cuenta del nivel representacional de sujetos emergentes, en tránsito, cuya variedad se implica en experiencias pendientes y antiesencialistas.

A modo de ejemplo, los diferentes intereses por la historia reciente revelan no sólo la necesidad de acompañar las tareas de la justicia y la reparación ante los crímenes de Estado y los procesos de violencia institucional tanto en Europa como en América Latina,<sup>5</sup> sino también la traslación hacia una inmediatez cuya mejor adecuación es la Historia por la memoria. En tal sentido, podría matizarse lo antedicho siguiendo a

Luciano Alonso, quien afirma que “la preocupación historiográfica por un pasado temporal, vivencial o políticamente cercano no es exclusiva de los últimos años. (...) Lo que sí es novedoso es la consciencia de estar revirtiendo una tendencia secular y la constitución de la historia reciente como campo académico –o, tal vez mejor, como espacio específico dentro de un campo historiográfico profesionalizado” (ALONSO, 2007, p. 200). Vale en este punto notar que el autor habla de “pasado vivencial o políticamente cercano”, que en términos historiográficos difiere de un “pasado histórico”, distinto-distante, propio de la concepción clásica de la historia lealmente historicista.<sup>6</sup>

Sin la intención de simplificar demasiado las aristas experimentadas por la historia reciente, se razona que en alguna medida ésta puede ser considerada a la vez como síntoma y como respuesta a la crisis del orden de tiempo experimentado desde la segunda posguerra. En esa dirección, la predilección por la memoria, la apuesta por los sentidos de la experiencia y la convalidación del sujeto-testigo, remiten en buena medida a un importantísimo punto de fuga que se explica tanto por razones contextuales como políticas en la necesidad de entrever una historiografía de implicación presentista, dicho esto sin una carga semántica negativa. Lo expuesto ya ha sido desarrollado por María Inés Mudrovcic, quien proyectando las tesis de Hartog acerca del tiempo histórico, sostiene que el “régimen de historicidad” dominante se ha convertido en “el receptáculo de un determinado régimen historiográfico”. En tal sentido, entre otros conceptos a resaltar, expresa:

La relación que el clima presentista establece entre el régimen de la historia y el régimen de la memoria, al oscurecer las fronteras entre el recuerdo y el hecho histórico –la distinción entre un pasado ya ido y el presente –, conlleva otra consecuencia. La memoria literal, la repetición ritual conmemorativa debe ser transformada en memoria ejemplar para que el recuerdo del horror pasado mantenga alerta al grupo frente a situaciones nuevas y, sin embargo, análogas. La historia *magistra vitae*, desterrada del régimen de historicidad moderno, vuelve a colarse bajo el ropaje de la “memoria ejemplar” (MUDROVCIC, 2013, pp. 27-28)

Para matizar, vale señalar de la mano de Enzo Traverso, que si bien luego de la crisis del historicismo y del cuestionamiento del paradigma eurocentrista en el momento de la descolonización, conjuntamente con la emergencia de las clases subalternas como sujetos políticos, “la Historia se ha democratizado, quebrando las fronteras de Occidente y el monopolio de las elites dominantes; [y la] memoria se ha emancipado de su dependencia exclusiva del texto” (2007, p. 26). Lo que quiere dejar planteado el autor es

que en este nuevo orden de tiempo los vínculos entre Historia y memoria se han “reconfigurado en una tensión dinámica”, no de manera lineal ni rápida:

Después de treinta años, los historiadores han incrementado sus fuentes, pero continúan privilegiando los archivos, que permanecen como el depósito de los vestigios de un pasado conservado por el Estado. No hace mucho que los «subalternos» han sido reconocidos como sujetos de la Historia y han devenido objeto de estudio, y hace menos tiempo que se procura escuchar sus voces (TRAVERSO, 2007, p. 26)

Con todo, la historia reciente parece ser la mejor expresión de una historiografía emergente que remite a las interpelaciones propias de esta sociedad presentista, sin que, por supuesto, sus notables alcances ni fundamentos necesariamente tengan que ver con los caracteres políticos de una temporalidad sin Historia ni Política, en un sus sentidos más clásicamente ‘modernos’. Es más, la historia del presente lidia con ello y asume con frecuencia y en sus propios y a veces pocos explicitados términos, ser un lugar de verdadera resistencia.

#### *Algunas implicancias sociopolíticas del nuevo orden de tiempo*

Se constata en los últimos años que si bien la historiografía actual viene habilitando un conjunto heterodoxo y en buena medida crítico de abordajes innovadores, la duda acerca de la posibilidad de lograr una conjunción que recupere lo societal-universal frente a la preeminencia de visiones fragmentarias, se abre mediatamente. A diferencia de lo sostenido por Hobsbawm, quien en 2004 de alguna manera minimizó la relevancia de los estudios sobre “grupos particulares” en los “márgenes de la historia” (pp. 4-5),<sup>7</sup> se juzga importante reconocer el valioso territorio político inaugurado por la Historia en la construcción de objetos emergentes destinados a historizar la faz intermitente de las particularidades: los sujetos invisibilizados y marginados, las zonas multicolores por donde se desdibujan las esencias y agitan los derechos a ejercer una resistencia en microrelatos, y las agencias urgentes de luchas en otras claves de tiempo y espacio: diferentes a las clásicas sustentadas, por ejemplo, por el marxismo clásico. En el mismo sentido, también la crítica poscolonial y decolonial han sobrellevado, atinadamente, la tarea de señalar los inconvenientes de seguir pensando y haciendo Historia desde la marca original ideada en la Ilustración europea y la consecuente negación de la densidad política e histórica de los mundos saqueados por los imperios (SAHLINS, 1997; MIGNOLO, 2011); creyendo necesario un descentramiento epistemológico que, según conciben, debe ser autocognoscente y al mismo tiempo total-local (DE SOUSA SANTOS, 2009, pp. 47 y ss.).

No obstante, está claro que como correspondencia, la crisis de los relatos macros y la aparente imposibilidad de imaginar y escribir una historia que tenga como pivote un sujeto histórico universal, no contribuyen a un horizonte en que lo particular puede hilvanar en curso de sentido, la praxis de un conocimiento que consiguiera encender y acompañar luchas más colectivas que sectoriales. Hobsbawm sostuvo explícitamente que la verdadera amenaza al conocimiento histórico del siglo XXI era, o es, el “antiuniversalismo”, un relativismo que “seduce naturalmente a la historia de los grupos identitarios en sus diferentes formas, para la cual, el objeto esencial de la historia no es lo que ocurrió, sino en qué afecta eso que ocurrió a los miembros de un grupo particular” (2005, p. 4). Sin dudas, el historiador inglés se encontraba dispuesto a consumir una crítica profunda a un tipo de historia que, según su apreciación, abandonaba la explicación racional para dar curso a la significación, a la mera percepción de lo ocurrido en el pasado por parte de los sujetos sociales del presente. Esto se completaría con lo señalado por Marialba Pastor, respecto a que la historiografía actual predominantemente ha tendido a prescindir del análisis de la concreción de las relaciones sociales y a desconectar al sujeto, sus lenguajes y manifestaciones espirituales de la vida material (2020, p. 5).

Ente otras implicancias sociopolíticas de la crisis de la Historia frente a los connotantes de un nuevo orden de tiempo en el capitalismo avanzado, es posible advertir el malestar de la disciplina como protagonista central de la *polis*, ahora global. No caben dudas que la historiografía en los cerrados límites de la ciencia pueda continuar siendo un ejercicio legitimado y legitimante de sus propios actores, ni que el saber producido contenga los elementos “deseados” a la hora cumplir con determinados estándares que tranquilizan las conciencias del control intersubjetivo de la comunidad de historiadores. Lo que se plantea es otro aspecto: las cada vez más pronunciadas inconsistencias de las maneras heredadas de estimar el conocimiento histórico frente a las subjetividades de un nuevo capitalismo en el plano de la educación de las nuevas generaciones y las derivas de la historia en el espacio público y político.

El interrogante que se traza inquiere acerca de cómo la Historia puede volver a convertirse en un dispositivo meritorio para una política de la cultura y una cultura política que aprecien la acción colectiva, pero superando la tendencia a la fragmentación y a la despolitización. De qué modo esta disciplina en medio de una época presentista podría tramitar un vínculo interesante y fecundo con las nuevas sensibilidades de los jóvenes en, por ejemplo, la etapa de formación escolar en distintos espacios. Asimismo, no es posible prever si la fiebre memorial contemporánea aportará caminos seguros para

desandar críticamente las experiencias que marcaron a fuego el siglo pasado y si, además, podría asegurar un concreto ético de diálogo intercultural.

Así, si en pleno “siglo de la Historia” Friedrich Nietzsche apuntaba contra el historicismo decimonónico por ser el causante de una verdadera enfermedad, de un exceso de historia que había debilitado la fuerza plástica de la vida porque había dejado de comprender el servicio del pasado como un alimento vigorizante (NIETZSCHE, 2003, p. 135), algunos analistas actuales observan un exceso de memoria que robustece el individualismo y la fragmentación social. Como es conocido, el filósofo alemán advertía que lo que llamaba “la sobresaturación histórica de una época” era peligrosa y enemiga de la vida en cinco aspectos:

en primer lugar, tal exceso produce ese contraste del que ya hemos hablado entre lo interior y lo exterior por medio del cual se debilita la personalidad; en segundo lugar, da origen a la creencia de poseer la virtud —la más rara de todas— del sentido de la justicia, en un grado superior al de otras épocas; por otro lado, igualmente, se perturban los instintos de un pueblo y se impide llegar a la madurez al individuo, no menos que al conjunto de la sociedad; también crece esa perjudicial creencia de cualquier época de estar en la vejez de la humanidad, de ser mero descendiente y epígono; y, finalmente, cae la época en una peligrosa actitud irónica sobre sí misma, pasando de ésta a una aún más peligrosa: el cinismo. Actitud ésta que evoluciona hacia una acción egoísta que, paralizando al principio, termina destruyendo las fuerzas vitales (NIETZSCHE, 2003, p. 76)

Es viable pensar que los argumentos vertidos por Nietzsche en la cita que antecede se descomponen en la dinámica del siglo XXI. Fundamentalmente las nuevas generaciones, que en general habitan en un palpable presentismo y se encuentran interpeladas por legítimas y meritorias luchas de consecución inmediata y justificadas por relatos plurales, el pasado ya no es el lugar ni de robustecimiento de la personalidad, ni de la virtud, ni mucho menos de una conciencia decadente de este estadio histórico contemporáneo. Sin que interese trazar un panorama reduccionista, se puede afirmar que en este presente no hay Historia porque no hay pasado en tanto espacio de experiencia. Del mismo modo, tampoco hay futuro porque el horizonte de expectativa como lugar de la utopía no precisa de una plataforma de pretérito en clave de gran revés moral, en el que necesariamente se deban anclar las luchas y las escrituras de esas historias serviciales y mínimas, mínimas no por insignificantes, sino por antiuniversales y específicas. Sin embargo, algo del planteo de Nietzsche se renueva en este régimen de historicidad emergente.

Se trata de la consideración que tienen los actores sociales de que la historia debe pertenecer a los actos vitales, urgentes, a los destinados u orientados a la solución

de problemas acuciantes de las mujeres y los hombres vivos del absoluto presente. Como en toda etapa de la historia hoy se necesita del pasado, aunque tal vez más en clave memorial, dado que “estamos, pues, invadidos, sumergidos en un patrimonio que se multiplica, que de algún modo es ya constitutivo de una identidad común, pero que se fragmenta en una multitud de identidades locales, profesionales, categorías cada una de las cuales exige ser respetada y cultivada, y la historia nacional ha cedido su lugar a un mosaico de memorias particulares” (PROST, 2001, p. 299). Así, los colectivos sociales del siglo XXI desconfían de la posición académica, racional, cientificista de la Historia que tal vez contempla con desprecio sus necesidades (NIETZSCHE, 2009, p. 38). Al igual que la crítica filosófica que se trae a colación en este trabajo, parece que la historia pública del siglo XXI es presentista porque demanda sus requerimientos para la vida y para la acción, vida y acción acaso a corto o mediano plazo y en la asunción de identificaciones sociales localizadas. Con todo, esta Historia para la vida hoy funciona en general desde un “desencanto” frente a las maneras canónicas en que se producía ese conocimiento y sus pretensiones de verdad y totalidad, por supuesto cuestionadas también, y desde hace décadas, desde “el interior” de la historiografía.

En tal dirección, Antoine Prost señala que se trata de una “epistemología desmitificadora” que incita a los historiadores a “guardar un doble luto, por la historia total y por la historia verdadera”, situación que propaga sus efectos también hacia el público y resulta en una coyuntura particular (2001, p. 282). El autor expone que si bien los historiadores de profesión conservan la preocupación por las verificaciones, el culto a la exactitud y a la información completa, rechazan el relativismo absoluto y continúan creyendo que aquello que escriben es verdadero. Así:

sólo creen en verdades parciales y provisionales. La síntesis no sólo aparece como algo ilusorio o inalcanzable, sino que la creencia que ésta presupone, la del sentido posible de una totalidad, la hace peligrosa. De todo ello resulta un repliegue sobre temas que combinan historia de las representaciones y microhistoria. [...] los historiadores se transforman en orfebres o en relojeros. Producen pequeñas joyas, textos tallados a cincel donde brillan su saber y su talento, el alcance de su erudición, su cultura teórica y su ingenio metodológico, pero sobre objetos ínfimos que dominan espléndidamente, o sobre temas que no aspiran a tener consecuencia alguna para sus contemporáneos. [...] Pero ¿y después? And then, what? ¿Dónde nos conduce una historia que despliega tesoros de erudición y de talento para tratar objetos insignificantes? O, más exactamente, ¿qué sentido e interés tienen para los historiadores de ese campo? (PROST, 2001, pp. 282-283)

El punto de vista, considerado por el mismo Prost un tanto “descarnado”, preocupa en tanto la historiografía de los últimos años no sabe cómo podría cumplir una

función social si “renuncia a decir algo sobre nuestros problemas actuales”. Al enseñar historia a las nuevas generaciones a partir de una “producción histórica desencantada”, híper especializada aunque tal vez desconectada de las instancias por las que transitan compleja y críticamente quienes habitan nuevos mundos, y produciendo historicidad pero tal vez no visualizándose como herederos de procesos de larga data y como sujetos de colectivos universales: se gana y se pierde. Lo que “se gana” acaso sea el enorme abanico de posibilidades de una historiografía, como ya se dijo muy especializada, que se expande y se descentraliza en multiplicidades, asumiendo los riesgos de anteponer lo nuevo a lo heredado y tornarse en un espacio de saberes, en muchos casos, sustantivamente problematizados y desde una base empírica otrora impensable. En cambio, lo que “se pierde” tal vez es el diálogo epistémico y político entre la historia y la sociedad. El distanciamiento que se evidencia entre las necesidades o demandas de la dinámica societal y los relatos provenientes de la ciencia histórica en los últimos años, por lo menos significan un obstáculo ante el imperativo de las posiciones éticas y políticas que toda historiografía debe explicitar. Es posible que la honrosa excepción a lo planteado sea el horizonte de la historia reciente, no tan “desencantado” aunque sí “desmitificador” haciendo uso de los planteos de Prost, que sin embargo no deja de albergar un conjunto de dilemas teórico-metodológicos y de evidenciar no pocos desacuerdos entre sus practicantes.

### *Algunas consideraciones finales*

Al iniciar esta breve contribución se manifestaba que la historiografía se encuentra en crisis desde el mismo momento en que dirimió, no sin dilemas, su estatuto epistemológico y que, en ese sentido, le es inherente una ineludible transformación y politicidad. Respecto a lo primero, en estas reflexiones se sostenía con de Certeau, que el discurso histórico no podía desolidarizarse de su producción ni de la praxis política, económica o religiosa que cambiaba permanentemente a las sociedades. Se afirmaba, también, que la disciplina transmuta porque lo hace la sociedad y porque el capitalismo iba transformando la historicidad prevaleciente en la Modernidad en aras de generar nuevas legitimidades y licuar la política de la revolución. En cuanto a lo segundo, se aseveró que la Historia es una disciplina institucionalizada cuyo saber se encuentra mucho más marcadamente signado por una esencial politicidad, a diferencia que los de otras ciencias sociales contemporáneas, que más visiblemente son artefactos no necesariamente originarios de la dinámica social y política misma. Es decir, desde esta perspectiva se observa a la praxis social histórica-memorial ontológica e históricamente

precediendo a la historiografía como acto intelectual crítico, racional, humanista, secular e inmanentista, finalmente estabilizado hacia finales del siglo XIX.

Frente a la actualidad y como se leyó en este trabajo, entre algunas de las implicancias sociopolíticas que enfrenta la Historia como disciplina en un largo devenir crítico, más aun en un nuevo orden de tiempo que, con Hartog Hartog y teniendo en cuenta a los certeros señalamientos de sus críticos, se puede denominar “presentista”, se observa la preeminencia de visiones y escrituras fragmentarias de la experiencia social pasada. Se trata de una situación que lleva a pensar en la necesidad de retornar a cierta perspectiva de lo societal-universal, a la escritura de nuevos macrorelatos que habiliten una política del todo con las partes, haciendo lugar incluso a postulados provenientes de la crítica poscolonial y decolonial en cuanto al descentramiento epistemológico que, según entienden, debe ser autocognoscente, y al mismo tiempo total-local. Todo esto, sin embargo, con la suficiente cautela que impida reforzar al sujeto universal histórico del capitalismo y al estatuto eurocéntrico de una historiografía incapaz de moverse hacia lugares de enunciación verdaderamente superadores.

Es posible requerir, en tal dirección, la constitución historiográfica de nuevos sujetos históricos universales, capaces de coadyuvar a la praxis de un conocimiento que pudiera encender y acompañar, como ya se sostuvo, luchas más colectivas que sectoriales. Otras implicancias críticas son el antiuniversalismo y el relativismo propios de un exceso de hermenéutica que puso en tela de juicio la capacidad explicativa causal-estructural de la acción de los sujetos sociales en la Historia, cuasi tendiendo a prescindir del análisis preciso de la concreción contenciosa de las relaciones sociales y a desconectar al sujeto, sus lenguajes y manifestaciones espirituales de la vida material, tal como se sostuvo citando a Pastor.

En la misma dirección, se aseveró que inquieta que la sociedad actual haya abandonado las formas clásicas de apreciar el conocimiento histórico. Frente a las subjetividades políticas del nuevo capitalismo o neoliberalismo, en el plano de la educación de las generaciones actuales y consecuentes derivas de estos procesos en cuanto al rol de la Historia en el espacio público, resulta urgente que la historia-ciencia pueda resignificar su relevancia epistémica y política. Por ello, queda abierto el interrogante que inquiera una nueva reformulación de las funciones de la disciplina en una época presentista, más efectiva en el acto de tramitar el vínculo con las nuevas sensibilidades de los jóvenes que, en definitiva, son los herederos de ciertas responsabilidades en la fragua de un futuro que debiera ser históricamente mejor. En tal sentido, en este trabajo se trajo a colación la sospecha y la denuncia que Nietzsche

formuló ante la obsesión historicista de su tiempo y el peligro ante la posibilidad de que el conocimiento del pasado así experimentado consumara una debilitación y un desarraigo que impidieran un futuro lleno de vitalidad, que bien podría también ser asemejado a la fiebre memorial del siglo XXI. La comprensión de esa manera de concebir la relación entre la vida y la historia trae consigo la acusación profunda, incluso portadora de pesimismo, del filósofo alemán: “Al lado del hombre moderno se encuentra su ironía sobre sí mismo, su conciencia de vivir en un estado de ánimo historicista y algo así como crepuscular: su miedo a no poder salvar completamente nada de sus esperanzas y fuerzas de su juventud en el futuro. Aquí y allá se llega incluso más lejos: al cinismo” (NIETZSCHE, 2003, p. 115).

De esta manera, una historiografía nuevamente, hoy, puesta en jaque, no logra resolver su formulación entre herencias y matrices de imposición cultural, conjuntamente con los modos en que se experimenta socialmente el tiempo bajo algún tipo de presentismo, y se subjetivan sujetos y sociedades dentro y fuera de Europa. Cultura y política se conjugan para atravesar un camino en que la crisis de la historia encuentre puntos de apoyo para la construcción de saberes menos ajustados a los cánones y más abiertos a la experimentación entre memorias, artes y nuevos pactos de sentido, en incluso prácticas híbridas (JABLONKA, 2016, p. 23).

En este artículo también se reflexionó sobre la situación de una preeminencia memorial frente a la de un pasado histórico, entendido éste como lugar de la otredad y umbral del tiempo. Se cree central problematizar el hecho de que, tal vez, el actual exceso de memoria conlleve a una defensa del individualismo y de la fragmentación social que requiere el capitalismo avanzado, en donde se triza la moderna idea de Historia, en tanto espacio de experiencia, y se altera o disuelve el futuro, el horizonte de expectativa. En ese sentido, se expuso que ante la fe o confianza política depositada por la historiografía en la memoria, habita hoy cierto “desencanto” frente las maneras canónicas en que se producía la historia y sus pretensiones de verdad y totalidad, por supuesto cuestionadas también y desde hace décadas desde “el interior” de la disciplina. Se trata de lo que Prost concibe como una “epistemología desmitificadora”, una particular situación científica y político social de la historiografía que se juzga negativa e inconducente, porque incita a la híper especialización de los sujetos del campo, a la atomización de las escrituras, y a la escasa articulación con explicaciones y comprensiones globales del mundo y de la sociedad, dada la propensión a una producción de historicidad de muy evidente corta duración y muy acotados límites en su problematización. A trastocar esta situación y a propender al delineo de nuevas

tendencias historiográficas están llamados, si lo desean e imaginan necesario, los historiadores.

## Referencias

ALONSO, Luciano. Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica. Reflexiones en torno a Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción, compilado por Marina Franco y Florencia Levín. En: *Prohistoria*, (11), 2007, pp. 191-204.

ARAÚJO, Valdeci y Mateus PEREIRA. *Atualismo1.0: Como a ideia de atualização mudou o século XXI*. Mariana: Editora SBTHH, 2018.

BAUMAN, Zygmunt. *Retrotopía*. Buenos Aires: Paidós, 2017.

BELVEDRESI, Rosa. ¿Puede hablarse de experiencia histórica? Algunos intentos de responder a esta pregunta. En: BELVEDRESI, Rosa (dir.). *La filosofía de la historia hoy: preguntas y problemas*. Rosario: Prohistoria, 2020.

BENJAMIN, Walter. Sobre el concepto de historia. En: *Conceptos de filosofía de la historia*. Buenos Aires: Caronte, 2007 [1942], pp. 65-76.

BOURDIEU, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.

BRAUER, Daniel (edit.). *La historia en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Prometeo, 2016.

BRAUER, Daniel. La reflexión filosófica en torno al significado del pasado y el proceso de configuración de sus principales temas y problemas. En: BRAUER, Daniel (edit.). *La historia desde la teoría. Una guía de campo por el pensamiento filosófico acerca del sentido de la historia y del conocimiento del pasado*. Buenos Aires: Prometeo, 2009, pp. 19-38.

CAIMARI, Lila. *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

CHÁVEZ, Fermín. *Epistemología para la periferia*. Lanús: UNLa, 2012.

DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 2006 [1975].

DE SOUSA SANTOS, Boaventura. *Una Epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI/CLACSO, 2009.

DEVOTO, Fernando. Acerca del lugar del archivo en la historiografía contemporánea. En: *Historia y problemas del siglo XX*. 10 (11), 2019, pp. 71-84.

FARGE, Arlette. *La atracción del Archivo*. Valencia: Estudios universitarios, 1991

FOUCAULT, Michel. *Discurso, poder y subjetividad*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1995.

HARTOG, François. El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales. En: MUDROVICIC, María Inés y Nora RABOTNIKOF. *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y Memoria*. México: Siglo XXI, 2013, pp. 51-65.

HARTOG, François. *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

HOBBSAWM, Eric. El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia. En: *Polis. Revista Latinoamericana*, (11), 2005, pp. 1-10.

LORENZ, Chris. Out of time? Some Critical Reflections on François Hartog's Presentism. En: *Rethinking Historical Time. New Approaches to Presentism*. London: Bloomsbury Academic, 2019, p. 23-42.

IGGERS, Georg. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012 [1993].

JABLONKA, Iván. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016 [2014].

JARAMILLO Ana. *La descolonización cultural. Un modelo de sustitución de importación de ideas*. Lanús: UNLa, 2014.

KOSELLECK, Reinhart. *Futuro pasado Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993 [1979].

LORENZ, Federico. La que pierde es la enseñanza de la historia. En: *InfoVeloz*, 2011.

MIGNOLO, Walter. *El vuelco de la razón. Diferencia colonial y pensamiento fronterizo*. Buenos Aires: Ediciones del Signo-DukeUniversity, 2011.

MORADIELLOS, Enrique. *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*. Madrid: Siglo XXI, 2009 [2001].

MUDROVICIC, María Inés. Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente. En: *Historiografías, revista de historia y teoría*. (5), 2013, pp. 11-31.

NIETZSCHE, Friedrich. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [II intempestiva]*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003 [1874].

NOIRIEL, Gérard. *Sobre la crisis de la Historia*. Madrid: Cátedra, 1997.

PASTOR, Marialba. La heurística y la hermenéutica históricas en tiempos de la posverdad. En: *Filosofía y letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México*, (3), 2020, pp. 1-18.

PEREYRA, Carlos. *El sujeto de la historia*. Madrid: Alianza, 1984.

PROST, Antoine. *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid: Cátedra, 2001 [1996].

RANCIÈRE, Jacques. *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago de Chile: LOM, 2009 [2000].

RAUTER, Luisa. As temporalidades do evento Junho de 2013. En: PEREZ, Rodrigo y Daniel PINHA. *Tempos de crise: ensaios de história política*. Rio de Janeiro: Autografia, 2020, pp. 151-179.

ROHBECK, Johannes. *Filosofía de la historia: historicismo, poshistoria*. Granada: EUG, 2015 [2004].

ROLDÁN, Concha. *Entre Casandra y Clio. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid: Akal, 1997.

SAHLINS, Marshall. *Islas de historia: La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1997.

SIMON, Zoltán Boldizsár. *History in Times of Unprecedented Change: A Theory for the 21st Century*. London: Bloomsbury Academic, 2018.

SWIDERSKI, Graciela. *Las huellas de mnemosyne. La construcción del patrimonio documental en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, 2015.

TRAVERSO, Enzo. *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, 2007 [2000].

VALDERRAMA, Miguel. *Posthistoria. Historiografía y comunidad*. Santiago de Chile: Palinodia, 2005.

ZEITLIN, Irving. *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006 [1968].

ZERMEÑO PADILLA, Guillermo. *La cultura moderna de la Historia, Un aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México, 2004 [2002].

<sup>1</sup> Agradezco las sugerencias y señalamientos oportunamente efectuados por los evaluadores.

<sup>2</sup> Se hace referencia, fundamentalmente, a la invención del archivo como lugar de enunciación y práctica (FARGE, 1991; SWIDERSKI, 2015; CAIMARI, 2017; DEVOTO, 2019).

<sup>3</sup> Praxis social a través de la acción de hombres dotados de conciencia y voluntad, como únicos actores de la historia que se dan para sí, directa o indirectamente, un destino siempre “determinados por relaciones sociales de producción” (PEREYRA, 1984, p. 69).

<sup>4</sup> Concomitantemente en la actualidad se habla, aunque muy indefinidamente, de “posthistoria”, “posverdad”, “posmemoria”, “poshumanismo”, etc. Todos vocablos que intentan dar cuenta de la fractura filosófica de la Modernidad clásica en su ordenamiento de sentido temporo-experiencial-societal (ROHBECK; 2015; BRAUER, 2016; BAUMAN, 2017).

<sup>5</sup> Explica Enzo Traverso que la relación entre justicia e Historia es bastante antigua y que numerosos historiadores han sido convocados en calidad de testigos. Procesos como los en contra de Barbie, Touvier y Papón en Francia; el proceso contra Priebke en Italia; o incluso las tentativas de instrucción de un proceso contra Pinochet, tanto en Europa como en Chile, “han sido momentos de rememoración pública de la Historia, donde el pasado ha sido reconstituido y juzgado en una sala de tribunal. En el curso de las audiencias, historiadores fueron convocados para «testificar», es decir para esclarecer gracias a sus competencias el contexto histórico de los hechos concernidos” (2007, p. 64).

<sup>6</sup> Para una interesante discusión al respecto véase a Mudrovcic (2013, p. 17).

<sup>7</sup> El autor exponía al respecto “De todos modos, si por un lado ese fenómeno dio lugar a mucho palabrerío y tonterías en los márgenes más lejanos de la historia de grupos particulares -nacionalistas, feministas, gays, negros y otros-; por otro, generó desarrollos históricos inéditos y sumamente interesantes en el campo de los estudios culturales” (HOBSBAWM, 2005, pp. 4-5).

Artigo recebido em 02 de fevereiro de 2021.  
Aceito para publicação em 12 de abril de 2021.